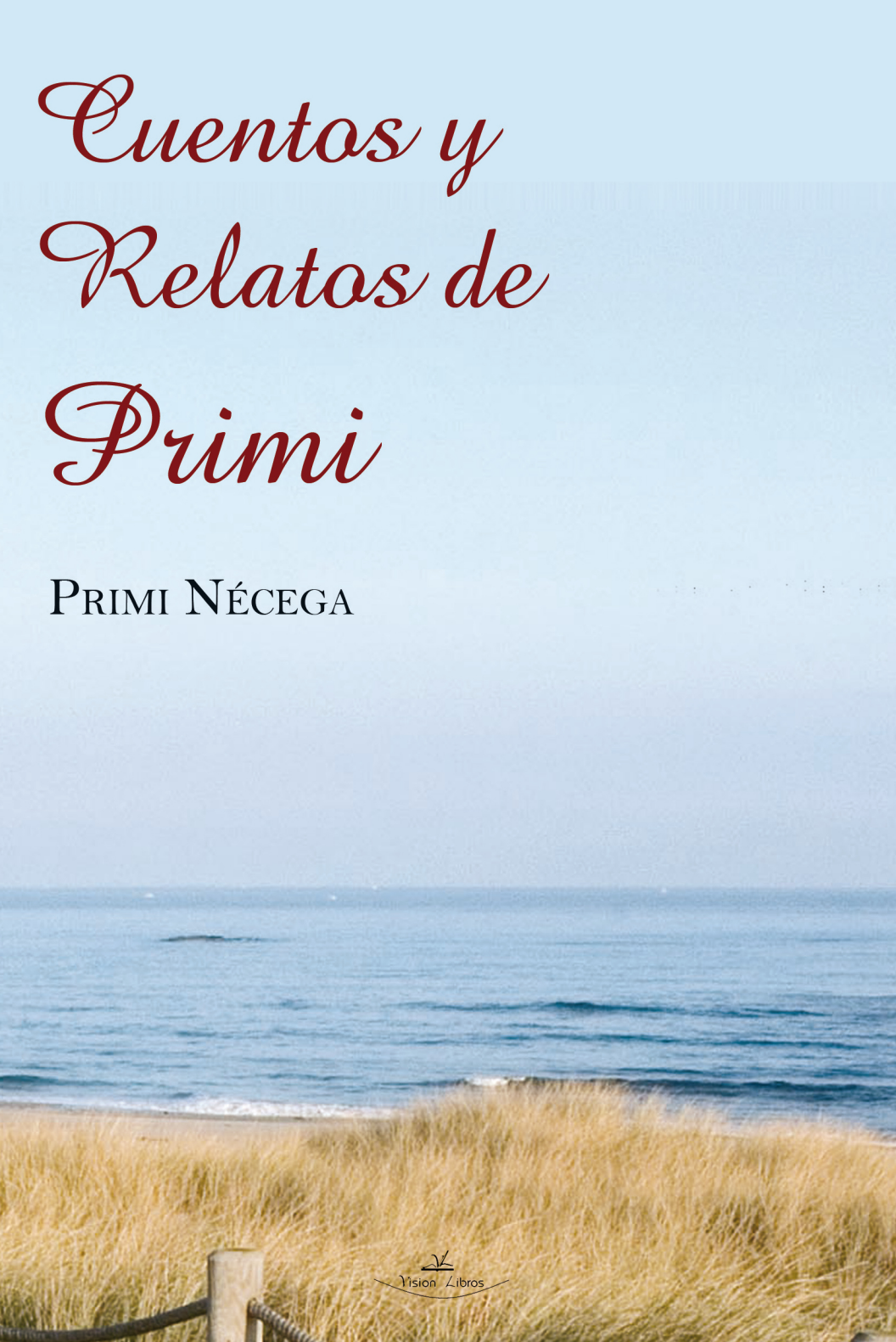
Cuentos y Relatos de Primi

Primi Nécega



Visión Libros

CUENTOS Y RELATOS DE PRIMI

Primi Nécega

Vision Libros

FHM
Fundación Herederos de la Mar

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 Cuentos y Relatos de Primi
© Primi Nécega
Fundación Herederos de la Mar
www.herederosdelamar.com
© 2012 Editorial: Vision Libros
C/ San Benito, 21, Local 28029 Madrid
Tel: 0034 91 3117696 Web: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9011-394-3
Descargado de: www.visionlibros.com

Disponible en papel y ebook
www.vnetdistribuciones .com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

A mis hijos
Juan José y Manuel

ÍNDICE

Prólogo **11**
Cuentos **15**
Cuento de Reyes 17
El libro 23
El Govi 25
El mantón de manila 31
El pirata 35
Nochebuena y turrón 39
La encomienda 43
La boda 47
La camioneta 55
Una carta olvidada 59
Aquella chaqueta 63
La mecedora 67
Piluca y su muñeca 73
La última cita 77
Leyenda e historia de la embarcación de salvamento "Fernando Villamil" 81
Una carta de amor 85
Amalia y su maleta 93
Marita y su cielo 99
Relatos **103**
¡Adiós al verano! 105
Adiós a mi ría 107
Don Juan Tenorio 109
Aquellas Semanas Santas 111
Los sabrosos churros de Manolo y Marina 115
Carlos Álvarez Fernández-Cid 119
¡Carnaval,Carnaval...! 123
Daniel Mon y la escuela de gaitas 125
Día del enfermo 129
A la torre de los Moreno 131

El ayer de hoy 133
El día después 135
El discurrir de una vida 137
En el día de la mujer trabajadora 141
Día de las letras gallegas 143
Fiesta en el aire 145
Foz y su pasado 147
Gracias a todas las madres 151
Guimarán está de luto 155
Hernán y la banda 159
Hombres del mar. Pepe Navarret 161
Homenaje a una profesora 165
La alfombra roja 167
Cabalgata de Reyes 169
La comarca y sus colaboradores 171
La fiesta de Porcillán 173
La gran ausente 175
La Nochebuena siempre llega 177
La ruta das Canouras 179
Doctor Antonio Rodriguez-Darriba 183
Manolo Cortés. Una voz que se apagó 189
Mary Lola y su máquina de escribir 191
Melodias del Eo 193
Navidad y marea negra 199
Nosotras y la soledad 201
Otoño 207
Pregón de Santa Cruz 209
Primavera 217
Ribadeo y sus grandes hombres 219
Siguiendo el camino 223
Terriña a nosa 227
Una visita al Museo de Bellas Artes de Oviedo 229
Mis recuerdos de la plazuela 233
Navegando en el mar de Foz 237
La noche de San Juan 241

PRÓLOGO

Conocí a Primi Nécega hace pocos años, y fue nuestro amor común por la lectura y la escritura, lo que promovió nuestra amistad.

Dicha amistad se incrementó cuando fui descubriendo su sensibilidad y honestidad. Primi me descubrió sus relatos, sus cuentos, sus artículos, y pude comprobar que tiene una reconocida trayectoria editorial y en el proceso de escritura la imaginación y la memoria se confunden dejando un rastro propio. Pues tanto si tratamos del amor o expresamos una experiencia, es imposible no recurrir a los propios recuerdos.

Emociones, desengaños, enseñanzas y nostalgias, son pequeños retazos de vivencias propias que pasan de nuestra realidad a la ficción sin una clara línea de continuidad, tomando forma de pasión a distancia, coraje que impulsa a sacrificios inesperados, secretos confesados e inconfesables, todo ello encerrado en un laberinto de la vida.

Así, entre la prosa rítmica que nos presenta Primi y toda su perspicacia, reconocí la ternura, la reflexión y sabiduría que encierran sus palabras, su análisis creativo y vital, junto con un agudo sentido de la observación, que solo una persona de su sensibilidad es capaz de transmitir. Una mujer que más que saber lo que quiere, sabe perfectamente aquello que no desea.

Primi con su prosa, es capaz de encontrar las palabras justas para darnos a conocer sus emociones fraguadas en la confianza, en la pasión y en su voluntad para afrontar en sana madurez el

compromiso, fundamentado todo ello en un lenguaje sencillo, directo y tierno, pero capaz de traspasar al lector las sensaciones no verbales.

Escribir como lo hace Primi Nécega es conjugar el arte de hacerlo con la sensibilidad de una gran escritora. Lo hace como una gaviota que sin rozar la tierra vuela convertida en vida y esperanza. Para ella escribir es transformar la realidad cotidiana en un hermoso sueño, devolviéndole a la vida la magia que logra la poesía. Soñar y tener los pies bien puestos en la tierra es una de sus cualidades, porque sabe muy bien al mundo difícil que se enfrenta. Ese resultado lo ha conseguido y por tanto la llena de éxito. Su pasión demuestra llamas de cariño entre los que la conocemos por su esfuerzo no bien reconocido por muchos. Primi corrige, consigue y anima. Parece como si pretendiera dirigir el movimiento de la brisa rompiendo moldes para bien.

Es una mujer nacida y criada entre la buena gente de la tierra gallega. Una mujer valiente y rebelde que no se deja manipular.

Ahora nos presenta una serie de relatos muy descriptivos. Una obra que nos llega profundamente al corazón porque nos atrapa en las reflexiones de Primi, que describe un mundo para muchos desconocido. Lector, tiene entre sus manos una serie de relatos incitantes y llenos de secretos. La obra, al fin, de una mujer excepcional.

Para muchos de nosotros Primi triunfa .por su capacidad de comunicar. Hemos ganado con ella y esto nos llena de orgullo. Varios testimonios demuestran el público que mantiene nuestra autora, que la siguen y la apoyan.

Y yo, tu amiga, te digo: Te mereces obtener reconocimiento a tu labor de tantos años en prensa, por tu buen hacer, tu tenaz

solidaridad con las personas que sufren y por tener ese corazón tan grande. Te lo has ganado a pulso. Por lo demás, eres una deliciosa escritora, moderna y audaz a la que seguimos con emoción más de los que te imaginas.

Espero que puedan sumergirse en la lectura de esta obra con el mismo interés con que yo la leí, y como yo, descubran la ternura, la tristeza, la pasión y la aventura que encierra y que estoy segura no podrá dejarles indiferentes

Marisol Moreda
Presidenta Fundación Herederos de la Mar.

CUENTOS

CUENTO DE REYES

Quisiera contaros una historia acaecida hace muchos años, pero ¿qué ocurrió?… A vosotros que me estáis leyendo os resultará difícil comprenderlo, puesto que os ha tocado vivir en una época más adelantada, importante, donde un relato humilde y sencillo como éste no tendrá éxito.

Aquellas dos hermanas eran las menores de una familia numerosa. Las hermanas mayores cuidaban y mimaban, dentro de lo que se podía, a estas dos pequeñas que tendrían aproximadamente, entre los ocho y los diez años. Ocurre siempre que cerca de las personas humildes, viven familias poderosas, y esto era lo que pasaba con nuestras protagonistas.

Muy próximo a su casa, pequeña y abuhardillada, se levantaba un flamante edificio —casi un palacete— que en aquellos tiempos de postguerra contrastaba con la crisis que pasaban aquellos que les tocó vivir algo de aquel tiempo de grandes necesidades. Y aquí me viene a la memoria, cómo no, el recuerdo de los libros de la escuela, impresos en un papel moreno, oscuro, sucio, tan distinto de esos libros bonitos escritos en buen papel que ahora los niños que llevan a la escuela.

En fin, mi narración se inicia en una época triste, pobre, austera; mas no para nuestras protagonistas, las cuales eran dos hermanas que se querían mucho y que pasaban sus años infantiles dentro de la más absoluta ignorancia de que existían mejores formas de vivir. Solo conocían su humilde casa en contraste con lo que veían en la casa vecina, llena de gran riqueza ante sus ojos. Los salones llenos de cortinajes, tapices, con aquel

mobiliario que resultaba deslumbrante, el lugar donde las dos niñas eran felices, y lo eran mucho. Su mayor ilusión era ir a jugar con aquella amiga rica, poseedora de aquel montón de juguetes. Cierto que para ello, se veían obligadas a contentarla en todos sus caprichos, lo cual molestaba bastante a nuestras amiguitas. Esta niña, como todas las que lo tienen todo, resultaba a veces caprichosa e intolerante, pero valía la pena, ya que en el fondo también era buena con ellas y las unió siempre una gran amistad. Lo más importante era considerarse sus amigas y así disfrutar de aquel mundo de juguetes, todo aquel arsenal de muñecas, que en las tardes frías de invierno las entretenía a cambio (siempre hay un precio en la vida para alcanzar aquello que no poseemos) a cambio, decía, de una resignada conformidad, fruto de las almas nobles, humildes que en la vida no han podido ser protagonistas de sus propios actos, obligadas por las circunstancias a vivir en un segundo plano de su propia historia. Precisamente a una de ellas le gustaba mucho leer y allí había libros en abundancia, bonitos e instructivos, grandes colecciones. Así, nuestra pequeña se acurrucaba en un rincón y devoraba deprisa todo lo que encontraba, hasta que la amiga tirana la sorprendía, para decirle entre gritos:

—Vaya, tú solo vienes aquí a leer.

Y había llegado Nochebuena, y con ella todo ese entorno familiar que tanto gusta a los niños… El turrón, que aunque fuera poco, tenía el aliciente de algo nuevo, de algo que solo se come en Navidad, con todas esas golosinas, propias de las fiestas. Sin embargo, nuestras niñas vivían obsesionadas con una muñeca que en el escaparate del bazar apareció una mañana. Fue un domingo al salir de misa, con sus abriguitos ya viejos, con el cuello de piel ya gastado, que subido abrigaba sus caritas frías y los calcetines altos de sport, que protegían sus delgaduchas piernas. Detuvieron su paso… Pero, ¿qué era aquello?... Allí estaba la muñeca más bonita que podéis imaginar. Para ellas, aquello representó lo que vosotras ahora llamaríais “la Nancy”

o tal vez "la Mariquita Pérez, qué sé yo. Era algo especial, única, grande, morena, con su pelo brillante, unos bonitos ojos negros y su vestido blanco de flores con calcetines y zapatos. Su tamaño acaparaba gran parte del escaparate y, cual mágica tentación, abría sus brazos, como diciendo "¡cogedme!".

Soplaba el viento y las pequeñas, pegadas al cristal, emocionadas, ni siquiera respiraban. La más alta —que era la más pequeña en edad— tenía una carita redonda, hermosa, con sus tirabuzones, que la brisa de la mañana acariciaba. Con mirada dulce y embelesada le decía a su hermana, que nerviosa y atenta acaparaba todo el escaparate: "Ya verás, ésta se la dejan a Ramonita en el balcón". Claro, pensaron las dos, Ramonita, era la amiga rica que lo poseía todo, trajes, zapatos, juguetes, en fin, hasta la tiranía de humillarlas…

Y una noche fría, llena de brillantes estrellas, todos los niños y niñas del pueblo pusieron los zapatos en sus ventanas. La ilusión entonces tejió la sutil telaraña… Nada mágico pasó, pero sí un soplo grande, maravilloso.

Cuando las niñas, muy temprano, silenciosas, en la mañana oscura, llenas de frío con sus largos camisones, se acercaron a la ventana donde estaban sus zapatos…—¡Oh, sorpresa!— vieron una enorme caja que ocupaba la mayor parte de la ventana.

—Hay una caja grande —exclamó la pequeña.

—¡Pues hay que abrirla! —gritó la mayor.

Soltaron el cordel y ante sus ojos apareció la bonita muñeca del escaparate…Todo fue muy rápido; cerraron la caja con cuidado y silenciosas se dijeron: "No es para nosotras, mira lo que dice en la tapa: "Para Ramonita". "¡Qué fastidio!" —murmuró la pequeña—. "¡Todo lo mejor para ella…." En silencio regresaron a la cama caliente.

Quedaron tal vez con su tristeza, su pena, o su renuncia, hablando esa noche a los Reyes Magos…

Un rayo de sol, el primero de aquella fría mañana, entró por la abuhardillada ventana. La puerta se abrió y la hermana mayor entró a despertarlas.

—Pero, ¡cómo! —exclamó—, ¿todavía dormidas?

No dormían, ni habían dormido desde que sus ojos vieron aquella enorme caja en su ventana.

—¡Cómo! ¿No vais a ver lo que dejaron los Reyes? Hay una caja muy grande. ¡Tenéis que abrirla!

—No es para nosotras. Se equivocaron de casa; es para Ramonita.

La hermana mayor no salía de su asombro.

—Pero no es posible, si ésta es vuestra casa. Tendrá un letrero o algo que lo indique.

—Sí —dijeron las dos.

Prontas cogieron la caja, mostrándosela a su hermana a la luz del sol que entraba a través de las viejas cortinas.

Y las tres leyeron a coro: "PARA LAS DOS HERMANITAS" ¡No!… ¿Sí?

—Pero nosotras leímos antes "Para Ramonita".

La hermana soltó una fuerte carcajada y apretándolas contra su pecho, exclamó entre lágrimas:

—Aquí no hay más niñas que vosotras. La muñeca es vuestra para que juguéis con ella—. Y apenada salió de la habitación.

Para nuestras protagonistas, aquellos Reyes fueron los más felices de su vida, y no olvidarían nunca la lección que aquella noche habían aprendido.

Tal vez vosotros, los que me estáis leyendo, no llegaréis nunca a coger una estrella, como las niñas de mi historia que, por una sola vez a lo largo de su vida, lograron en aquella noche ver su sueño convertido en real.

EL LIBRO

Aquel niño cogió el libro y lo tiró al suelo. La madre recogió aquellas páginas, que abiertas quedaban quietas en la limpia habitación. Miró a su hijo enfadada mientras cerraba con cuidado aquel precioso libro. Era un libro de cuentos, uno de los más importantes para ella y, por tanto, de gran valor.

—¿Por qué lo tiras? —dijo ella sin enfado.

—Tú sabes, madre, que no me gusta leer.

—Bueno —respondió su madre—, eso no es una razón para tirarlo sin hacer caso a mis consejos. Siempre os digo que un libro es el mejor amigo.

—Yo no creo en eso. ¿Sabes por qué? Mami, yo ya tengo un amigo y se llama Agustín, que es muy bueno y lo pasamos muy bien juntos.

Ella se quedó mirando, sin saber qué responder, pero, no obstante, replicó:

—Algún día, hijo mío, amarás los libros como yo.

Aquel niño de ocho años apenas escuchó a su madre, y cogiendo la mochila se marchó deprisa al colegio.

Y los años fueron pasando. Creció, estudió y se hizo un hombre. Pese a todo, su madre sabía que no le gustaba leer; tan solo leía lo necesario, por lo tanto nunca le insistió. Y cuando volvía de sus clases encontraba a su madre, como siempre, leyendo en

aquellos sus bonitos libros de siempre y la interpelaba, entre bromas, diciendo:

—Pero madre, todavía sigues leyendo sin parar.

—Pues sí —contestaba ella. Los libros son mi compañía, y lo seguirán siendo mientras tenga tiempo y ojos para leer.

Terminó su carrera. Sus hermanos se habían marchado, pero él se quedó al lado de su madre preparando las oposiciones de su carrera para empezar a trabajar, y así, como los demás, se iría a probar suerte.

Aquella tarde de primavera Laura pasaba los cristales de las ventanas y sonó el teléfono. Todo fue muy rápido: su hijo había tenido un accidente. Mas la cosa no revistió gravedad, pero una fractura en la rodilla lo dejó inmóvil una temporada. Mientras, ella, solícita, lo cuidaba, procurándole todo aquello para su distracción: su guitarra, la televisión para ver los deportes,… Todo estaba allí para hacer más llevadera su inmovilidad y también las visitas de aquellos amigos y amigas que de tarde en tarde, venían a verle.

Pero había un amigo anónimo que todas las noches de insomnio venía a visitarle, a través de aquellos libros que su madre, día a día, le dejaba sobre su mesilla de noche…

Al final, cuando se vio libre y sano para proseguir sus estudios y terminar aquellas oposiciones, amontonó todos los libros que había leído, y en un papel blanco escribió sobre ellos, en letras muy grandes: “Gracias, amigos míos, por vuestra compañía. ¡Y gracias a ti, madre!”.

EL GOVI

Era una mañana espléndida de sol. Nuestra amiga bajaba como siempre por el sendero estrecho, verde, lleno de margaritas y flores silvestres que por doquier adornaban en esplendorosa fronda aquella recóndita zona.

María aspiró el aire fresco de la mañana. Era temprano y caminaba con prisa. En un pequeño cesto llevaba el desayuno a su padre, que tenía un taller en aquella orilla del mar tan callada y bonita, rodeada de unos prados verdes y tímidos árboles allá en lo alto.

Mirando desde arriba contempló la ribera. Al fondo se veían las embarcaciones que perezosas despertaban, mientras la ría se mezclaba con las olas del Cantábrico que todos los días la mecía en la blanca espuma de sus olas. El ruido de la sierra del taller vino a recordarle que su padre tenía que desayunar. Durante el breve tiempo que éste empleaba en tomarse aquel tentempié, ella se dedicaba a recorrer la ribera contando las embarcaciones que se movían por la marea, que en silencio subía. Leía sus nombres; algunas estaban a medio pintar, otras venían a reparar sus fondos y esto era tarea de su padre, que con habilidad remendaba con puntas y estopa. Como él decía: calafatear los fondos.

Deprisa volvía por aquel bonito sendero lleno de flores, que ella tanto conocía, con las que sostenía un ingenuo coloquio. Cuando llegaba a su casa cogía la bolsa con los libros y muy contenta se marchaba para la escuela. Sus correrías por la ribera, sus libros y su escuela lo eran todo de momento para su infancia, era su pequeño mundo.

María admiraba a su padre, amaba el olor de la viruta, el fuerte olor de la brea, y cuando no tenía escuela procuraba estar más tiempo en el taller; le gustaba ver cómo subían las embarcaciones sobre unos pinos o robles, quedando en seco. Entonces su padre les arreglaba los fondos, como él decía: "Hay que rellenar esos huecos y desperfectos con estopa y luego poner la brea oscura. Al final se pinta y de nuevo a la mar a faenar".

Un día, cuando bajó al taller, observó que las embarcaciones se habían marchado aquel amanecer. La ribera se quedó sola con sus diminutas piedras, sus oscuras arenas y las azules aguas en perenne vaivén, haciendo eco de la despedida a las embarcaciones que marcharon a sus faenas y no volverían hasta el próximo invierno.

Pero una embarcación se había quedado sola, quieta, entre las pequeñas chalanas de atraque, mientras la marea subía acariciando su costado, que cual pájaro herido rechinaba sobre su madera gris mal pintada, sin apenas caseta ni guardacalor y su chimenea suelta. Casi parecía que iba a romperse de un momento a otro.

La niña preguntó a su padre por qué aquella embarcación quedó allí sola, vieja y abandonada.

—Bueno —dijo su padre—. Es el Govi. Está viejo y no puede salir a pescar, y ahí lo dejaron, para que lo cuidemos tú y yo.

Sonriendo prosiguió:

—Vigílalo bien, que no se escape.

A ella, con su corta edad, le dolió mucho aquello. A sus nueve años, las cosas que nos rodean se quieren y se aman… Era todo lo que veía día a día: el mar, aquellas embarcaciones, los

verdes prados y la imagen joven, tranquila de su padre, inclinado sobre la sierra, que despedía un montón de viruta, que iba cayendo, formando una hermosa pila, donde María jugaba, confundiéndose entre el polvo y el olor a salitre de la marea.

De aquellas mareas altas, que cuando subían hacían un gran destrozo en el taller, llevándose las maderas que estaban puestas al sol para secar, era preciso entonces recogerlas todas deprisa y amontonarlas donde le mar no llegara, de lo contrario, se irían ría abajo. Ella, presurosa cuando esto pasaba, ayudaba con su esfuerzo y descalza, recogía sin parar los maderos, ayudando a sus padres, que enfadado, reñía siempre con el mar… porque le llevaba su madera, su trabajo.

María entonces se escondía, y silenciosa esperaba cómo la marea iba poco a poco bajando, y todo volvía a ser como antes, aunque un poco húmedo quedaba todo, y sus pies fríos. Entonces, su padre sonreía y volvía a sentirse su martillo, y el rodar de la sierra.

Jamás olvidaría nuestra niña aquellas mareas altas, y el agobio y la tristeza que veía en su padre, y lo más importante: aquello que dentro de sí sentía.

Pasaron los años, pero ella seguiría mirando y queriendo a su amigo el mar… que por siempre le traería el recuerdo de aquellas mareas vivas, que tanto les apenaban.

Pero así son las vidas… ¡y así fueron!, damos un paso adelante y tres para atrás.

Y, pese a todo, nunca se olvidaba de su amigo el Govi. Nuestra niña le visitaba a diario y cuando estaba la marea baja, era su felicidad, subía por una pequeña escalera, que a duras penas sacó a escondidas del taller, con sus pequeños pasos se ponía dentro del barco. Una vez arriba, era su juguete, su casa de